

Colisión

Por Fénix 8

Las personas nos encontramos en constante movimiento. Pocas veces nos detenemos para apreciar lo que tenemos. Por ello, a veces es necesaria una colisión, un momento de impacto que nos obliga a tomar una pausa, una nueva dirección.

En mi caso ocurrió una típica tarde de viernes de abril durante la llamada *hora pico* del tráfico. Acababa de salir de clase de la universidad. Estaba a tan solo un par de semanas de iniciar exámenes finales y a un mes exacto de mi fiesta de graduación. Tenía en puerta un viaje al extranjero. Nunca hubiera imaginado que por un momento todos esos planes quedarían en suspenso.

Aún no sé si fue azar, falla mecánica o descuido. Lo que recuerdo es como en segundos perdí el control de mi auto, el cual sin volcarse, empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Logró así atravesar los carriles de la transitada avenida Morones Prieto, librando en su trayecto el golpe de los carros que pasaban en el camino. Fue un poste del alumbrado público lo que finalmente nos detuvo, provocando la caída del mismo sobre el techo de mi vehículo. Suena aparatoso y lo fue, los automovilistas que circulaban por el lugar no lograban dar crédito de cómo salí ileso de tremendo incidente.

Antes de que pudiera darme cuenta, llegó la ayuda médica. Me encontraba un poco aturdida por el único golpe que había recibido en la cabeza. Me desabroché el cinturón y cuidadosamente salí del auto, percatándome del caos vial que había ocasionado. A la escena no tardaron en llegar agentes de tránsito. Busqué los documentos que me solicitaron: tarjeta de circulación, licencia de conductor y seguro del auto, siendo mi sorpresa que este último había expirado.

Un sentimiento de inmensa culpa me inundó, cómo le explicaría a mis padres lo ocurrido y que el seguro había vencido. Lo anterior significaba que tendrían que hacerse cargo de la totalidad de los gastos.

Situaciones como estas ponen a prueba no sólo nuestra fortaleza física y mental, sino nuestra ética y moral. Siempre existen las soluciones llamadas salidas fáciles, que por lo general resultan ser ilegales. En nuestro caso, se nos planteó la idea de comprar un seguro y falsificar la fecha de adquisición. Era una oferta tentadora que resolvía gran parte del dilema en cuestión. Sin embargo, si alguien me ha enseñado a actuar con rectitud es mi padre. Sabía que el no aceptaría esa opción, que no iba a ser parte de un acto de corrupción.

Así pues, decidimos juntos afrontar las consecuencias de lo sucedido. —Lo importante es que tú estás bien, el resto son cosas materiales —me decían. Sin embargo, hubo que pagar una cuantiosa cifra que incluía gastos médicos, infracciones, multa por daños al municipio, sin mencionar el monto por la reparación de mi carro.

Por mucho tiempo me pregunté *¿Por qué a mí?*. Con el transcurso de los meses comprendí que lo que muchos llamaron suerte, para mí no fue casualidad, la vida me estaba dando una segunda oportunidad.

A raíz del accidente aprendí lo fortuna que es vivir. Valoré el incondicional apoyo de mi familia. Comprendí que por mayúsculo que sea el problema, siempre habrá una solución. Entendí que si hay algo prioritario e imprescindible es la salud. Pero sin duda, la lección más grande corrió a cuenta de mi padre. Con su ejemplo me enseñó que a pesar de las adversidades el valor de la honestidad no está en discusión y que si hay algo de lo que jamás nos arrepentiremos es de haber hecho lo correcto.